

es la verdadera base de la Sociedad. El alma de la Orden no es la fé concentrada, ni son las obras de caridad, sino la obediencia instantánea llevada á una perfeccion nunca vista. El jesuita está obligado á respetar y acatar como superior á todos los individuos de la Orden de mayor categoría que la suya: el superior tiene para los inferiores el carácter del Salvador, de la Providencia, y por lo mismo tiene una autoridad divina, debiendo cumplirse sus órdenes irremisiblemente. El jesuita debe obedecer á sus superiores como si fuese un cadáver (*perinde ac si cadáver esset*), tan ciegamente que, por ejemplo, si ocupado en escribir recibe una orden, ha de dejar la pluma sin acabar siquiera el escrito empezado y ejecutar la orden recibida.

Hay mas; no basta obedecer materialmente hasta este extremo, sino que debe tambien someter á la Iglesia y á sus superiores su voluntad y su criterio. Esta renuncia á su opinion y criterio propios, el sacrificio mas grande de todos, es lo que constituye la esencia de la profesion del jesuita. «Si la Iglesia define como negro algo que nos parece blanco, debemos declarar inmediatamente que es negro;» así lo exige la regla 13 de los *Exercitia spiritualia*. Contra estas órdenes autoritarias no hay que tener consideracion á la razon, á la moral, ni á la conciencia, ni cuando se manda la comision de un pecado (1). El pecado no es para los jesuitas la falta á la ley de la moral, sino la falta á la obediencia debida á los superiores.

Tales principios, que exceden en mucho á la obediencia militar, disuelven los cimientos de la moral; pero se logra que cada miembro de la Orden sea un instrumento muy eficaz, adaptable, sin criterio ni voluntad ni interés propios, en la mano del superior, un instrumento que funciona con exactitud y precision indudables. Para transformar hombres en tales máquinas sirven ante todo los ejercicios espirituales, que necesitan para su debido cumplimiento cuatro semanas y se imponen á cada novicio á su entrada en la Orden, repitiéndose mas adelante de cuando en cuando, siempre bajo la direccion de un compañero que los ha hecho ya repetidas veces, y vienen á ser para el novicio lo que es la enseñanza ó instruccion de los quintos confiada á un cabo. Estos ejercicios reflejan el espíritu del fundador de la Orden que quiso que todo adepto suyo pasara por la misma série determinada de estados del alma que le habia hecho pasar á él su fantasía extremada en el convento de Manresa. Quiso que la marcha personal de su desarrollo fuese la de todos los miembros de su instituto, y que en cada uno de ellos se repitiera el mismo acto de transformacion del hombre interior.

Asombra el refinamiento increíble con que Loyola acumuló en estos ejercicios los medios de obrar á la vez sobre los sentidos y la fantasía para poner al hombre en un estado completamente hipnótico, en el cual toma resoluciones que determinan y rigen toda su vida posterior. En estos ejercicios alternan la meditacion, el exámen de conciencia, la oracion, la enumeracion de pecados, los ayunos y las maceraciones; de modo que los ejercicios ocupan á la vez el cuerpo y el alma y los dejan completamente amasados. El que se dedica á estos ejercicios debe extasiarse hasta tener conversaciones completas con Dios, con Cristo, con la Virgen y con los santos; debe observar prescripciones minuciosas de actos materiales hasta los gestos; debe suspirar en puntos determinados y en otros debe verter lágrimas, y á estos ejercicios se agrega el alumbramiento súbito de la estancia hasta entonces oscura; el despertar repentino del

(1) La regla no supone que el superior pueda mandar cosa inmoral ni pecaminosa. (N. del T.)

sueño de media noche; la vista de esqueletos y huesos de muertos, y otros medios que con los sentidos excitan la imaginacion. Se les hace sentir corporalmente á los novicios los horrores del infierno y las delicias del cielo; se les enseña la imágen del Crucificado; se les hace oír los aullidos de los condenados, ver las llamas del infierno, oler el azufre y la pez, en fin se ponen en accion todos los sentidos para excitar la imaginacion; el cuerpo y el alma son continuamente conmovidos y presa de alucinaciones. Habiendo llegado el novicio á la cúspide vertiginosa de esta clase de meditaciones, se mira á sí mismo, reconoce sus pecados y su iniquidad, se cree un tumor en el cuerpo de la humanidad, un carbunco pestífero que destila el pus del pecado y de los vicios. Entonces se acusa el novicio arrepentido y decide marchar en adelante por la senda recta siguiendo á Cristo á quien acaba por ver en persona como rey del cielo en amenas praderas cerca de Jerusalem y rodeado de la milicia celeste, á la cual dirige una arenga que oye el iniciado. Siguen las delicias de la conciliacion con Dios, la vista de la bienaventuranza eterna y los gozos del alma en estos espectáculos embriagadores, con lo cual concluyen estos ejercicios (2).

Cuando ha pasado el tiempo destinado á los ejercicios el material humano empleado ha cambiado su consistencia; ha perecido el hombre y ha nacido el jesuita; la fantasía embriagada ha reemplazado á la conciencia. El alma fanatizada y dominada por la multitud de visiones ha tomado sus decisiones en éxtasis momentáneos y no convencida libremente de la verdad; un sacudimiento nervioso, privándola de la voluntad, la ha inducido á someterse ciegamente á Dios y á su representante en la tierra y á confiar, renunciando á todo criterio propio, en las doctrinas y medios de salvacion de la Iglesia, condenados por los reformadores. Es su resolucion una oposicion á la fé de salvacion predicada por los reformadores; es el extremo opuesto del arrepentimiento, penitencia y enmienda moral de los protestantes; es lo contrario de lo que Lutero recomendó en estos términos: «Tú mismo lo has de decidir (3).»

El jesuita ya no tiene ni voluntad ni criterio propios: se ha sometido incondicionalmente á la Iglesia obedeciendo á una fuerza más fuerte que él; la obra admirable, llamada microcosmo humano, se ha convertido en una partícula de la máquina llamada Sociedad de Jesús, una partícula que puede emplearse en esta máquina en cualquier punto que convenga al director de ella. El recluta ha recibido su instruccion y puede formar en las filas del ejército en campaña.

No todos los que sientan plaza en el ejército eclesiástico son admitidos como útiles. Las antiguas órdenes monásticas eran poco escrupulosas en la admision de nuevos miembros; pero la Sociedad de Jesús procede en este punto con la mayor escrupulosidad y rechaza todo individuo que no posee cualidades y disposiciones determinadas que sirvan á la Orden y á su objeto, dando importancia hasta á cualidades recomendables, corporales y puramente exteriores, y en cambio no es necesaria buena fama personal para ser admitido, pues que con la entrada en la Sociedad queda borrada la vida anterior del individuo. Igual cosa sucede respecto de la despedida, y el miembro de la Sociedad que no llena ya el objeto de ésta es despedido. Este es el medio que mantiene en el cuerpo de oficialidad militar el vigor y la energía juveniles.

Hay tambien algo militar en la separacion de la corpora-

(2) ¿Qué cosas se le ocurren al autor para presentar á Ignacio de Loyola como un titiritero espiritual despues de haberle colmado de elogios! Esto no necesita refutacion. (N. del T.)

(3) Sin perjuicio de condenar al que decidiera lo que él no queria. (N. del T.)

cion respecto del resto de los hombres, en lo cual se asemeja al instituto de los genzaros, el organismo militar mas poderoso de aquellos tiempos. La Orden de Jesús se desprende completamente del mundo para influir en él con su fuerza irresistible; para esto pide á los que ingresan en ella que rompan todos los lazos que les ligan á sus padres, á su familia, á sus amigos, á su patria y con todas las relaciones que han tenido hasta entonces; que renieguen de todos los impulsos nobles que Dios ha dado al hombre; que abandone todos los afectos, el amor, la gratitud, la fidelidad, la lealtad y su dignidad personal para dejarse absorber completamente por la Orden; que vivan únicamente para obedecer y para ver en la Orden su patria y casa paterna.

Para demostrar y practicar esta obediencia empieza en la casa del noviciado á hacer los servicios más bajos durante los primeros años; servicios destinados á quebrantar y reducir á polvo su personalidad y su voluntad; se niega todo alimento al perfeccionamiento intelectual, se aniquila la índole sana y robusta particular, y se engendra un carácter de esclavo sin voluntad ni ideas propias, conforme corresponde al objeto de la institucion. Cuando el novicio ha pasado por esta escuela, entra en el colegio, donde recibe la educacion técnica de su espíritu para los objetos de la Sociedad. Se estudian cuidadosamente sus disposiciones, que son desarrolladas hasta el mas alto grado de perfeccion posible, y segun sean estas disposiciones, se le emplea ya como predicador, como cura de almas, como sabio, médico, comerciante, criado ó en otra cualquiera ocupacion; porque la Orden emplea para sus fines todos los medios que encuentra á propósito y el campo de sus operaciones no tiene límites.

Así es que juntamente con la absoluta ausencia de voluntad de un cadáver tiene el jesuita la tension de espíritu más refinada. Obedeciendo ciegamente á la Orden está á la disposicion de ésta en todos los momentos y con todas sus fuerzas cuidadosamente desarrolladas, pero solo á la disposicion de la Orden y de nadie mas; es miembro del clero por la Orden, porque fuera de ella no debe aceptar ningun cargo eclesiástico, y si de otras Ordenes monásticas han salido obispos, cardenales y hasta papas, quiso Loyola que su Sociedad fuese poderosa é influyente á pesar de obispos, cardenales y papas; que el general de los jesuitas estuviese como «papa negro» al lado del «papa blanco,» no necesitando auxilio, sino concediéndolo.

La obediencia solo podia conservarse en la Orden cuando todos sus individuos quedaban siempre dependientes exclusivamente de ella; y la Orden solo podia cumplir la mision universal de que se habia encargado cuando sus individuos, cuyo número no era excesivamente grande, estuvieran libres de todo otro compromiso y á cada momento á disposicion del general y para cualquier encargo. Loyola dice en un pasaje: «Los obreros en la viña del Señor deben estar solo con un pié en la tierra y tener el otro siempre levantado para ponerse en camino.» Para los jesuitas no hay permanencia segura; en cualquier parte donde se hallen, sea en calidad de novicios, en la casa de los noviciados ó como misioneros entre los gentiles, ó en medio de la vida regalada de la corte, ó en las chozas de los pobres, en la gritería del mercado ó en el silencio solemne del templo, cualquiera que sea su categoría en la Compañía, siempre se hallan observados minuciosamente por ellos mismos, y todas estas observaciones son comunicadas continuamente á los superiores. Cada miembro de la Orden tiene el derecho y el deber de escurrir y delatar la conducta de sus compañeros. El desarrollo de este sistema de espionaje y delacion pública y secreta, y la consiguiente formacion de hojas de conducta, constituye uno de los rasgos más esenciales y repugnante

de esta Sociedad. El mismo general, á pesar de su posicion de monarca absoluto, no queda libre de esta vigilancia permanente.

El peligro de la excesiva division y dispersion de las fuerzas de la Orden, atendida la multiplicidad de las disposiciones desarrolladas, quedaba evitado por la uniformidad de la educacion de todos y por la pérdida ó supresion de la voluntad propia y libre. Parecen verdaderamente reglamentos é instrucciones militares las instrucciones dadas á los miembros de la Orden para las misiones y encargos y para las situaciones mas diversas, instrucciones que se extienden hasta la apariencia exterior del individuo. Las hay para jesuitas empleados en misiones diplomáticas, y sobre su conducta delante de potentados en conversaciones particulares y en discursos públicos, en tentativas de conversion y al recibir confesiones. Son instrucciones estudiadas hasta la quinta esencia, pero que demuestran al propio tiempo los medios miserables con cuyo empleo se pensaba obtener efectos capitales. Loyola dijo que para la conversion valia más la sabiduría que la santidad; que era preciso introducirse muy paulatinamente en la confianza de la persona á quien se queria convertir, que debia tolerársele mucho al principio, y que solo lentamente se debía empezar á hablar con ella de cosas espirituales; que el pescador necesita cebo, y para luchar contra Satanás era menester servirse de sus propias armas.

Ayunos, vigiliias y otros ejercicios monásticos por el estilo que cuestan tiempo y debilitan el cuerpo, y que de consiguiente no convienen á un hombre de guerra, se permitian á los jesuitas solo de un modo moderado (1); pues todo su cuidado habia de ser estar preparados á dedicarse á los propósitos esenciales y grandes de la Orden. Se les prescribía minuciosamente todo lo relativo á gestos, al andar, á la actitud y al vestuario, y en cuanto á este último las prescripciones dicen que no debe ser descuidado como les gustaba á muchos frailes, sino que muy al contrario debía ser como corresponde á la pobreza, modesto, pero decente y de gran limpieza, como se exige á los militares. Las «reglas de la modestia» mandan al jesuita inclinar la cabeza un poco hacia adelante, bajar la vista, no arrugar la frente, no apretar los labios ni llevar la boca abierta, manifestar en toda su fisonomía mas alegría que melancolía, y andar con lentitud y dignidad.

Segun las instrucciones, los «devotos padres» deben añadir á esta flexibilidad insinuante, á esta dignidad placentera y á la uncion edificante de todo su aspecto, la habilidad de adoptar las costumbres y modos de ver corrientes en el país donde están, es decir, han de cambiar su carácter como su vestido. Mateo Ricci, que fué destinado á trabajar en China, á cuyas clases distinguidas se recomendó por sus conocimientos matemáticos y astronómicos, se vistió en aquel país de bonzo y anunció el cristianismo como remate y coronamiento de la doctrina de Confucio. Roberto Nobili, que trabajó en la costa del Malabar, se juntó enteramente con los brahmanes y de esta manera consiguió entrada y buen éxito entre los indios. «Con los labradores son labradores, con los soldados soldados, y con los marinos marinos,» dice la historia de la Orden *Imago primi saeculi S. I.*: «tan pronto bajan á las mayores profundidades como se elevan á la mayor altura, ó se mantienen en medio, y nada evitan tanto como enajenarse las simpatías de los hombres por un modo de vida y costumbres diferentes de las demás personas. Tratan por medio de la apariencia exterior y por las mismas costumbres adquirir acceso, por medio del acceso trato, por medio del

(1) ¿Pues y aquellas maceraciones que preparaban para el hipnotismo? (N. del T.)

trato simpatía, y por la simpatía un dominio en cierta manera irresistible sobre las personas.»

Verdad es que ya entonces habían empezado algunas de las congregaciones eclesiásticas antiguas purificadas y otras nuevamente fundadas, tanto de monjes como de clérigos seculares, á influir sobre el pueblo por medio de la cura de almas, la administración de sacramentos, la educación, la asistencia á los enfermos y otras obras de misericordia, á fin de reanimar á la Iglesia caída, en vista de que la vida retirada y contemplativa dedicada á la perfección propia no bastaba á restablecer el crédito del catolicismo. Pero estas congregaciones habían emprendido su misión dentro de un círculo demasiado limitado, falta que no cometió la Orden de Jesús, que desde el primer instante emprendió su trabajo de una manera muy diferente. En lugar de limitarse á una sola clase de actividad, quiso apoderarse por su actividad múltiple de toda la humanidad; no teniendo patria, no quería ocuparse en una misión local, sino obtener resultados universales y hacer sentir su influencia en todas las capas de la sociedad.

Para la conversión de los gentiles la Orden enviaba á los países más lejanos misioneros cuya actividad excitó en sus principios la mayor admiración porque el talento y los sacrificios personales se juntaban para obtener los resultados más sorprendentes.

Para trabajar entre los cristianos se propuso la Orden con esquisito tacto emplear los medios que prometían ser los más eficaces: el sermón, la instrucción y la confesión; el primero para las masas, la segunda para la juventud, y la tercera para las personas distinguidas, por cuyos medios podía conquistar la generación presente y el porvenir; además los jesuitas combatían así á los contrarios con las propias armas de éstos, porque justamente por medio del sermón y de la enseñanza había fomentado su causa el protestantismo.

Los elementos protestantes habían penetrado sobre todo en las escuelas superiores; los profesores habían hecho en gran parte sus estudios en universidades protestantes, y el estudio de los antiguos autores clásicos había librado á muchos espíritus de pesadas cadenas. A esto se agregaba que en los países que permanecían fieles á la doctrina antigua faltaban escuelas. Los jesuitas, pues, se dieron maña para establecer colegios en todas partes adonde llegaron, cuidándose principalmente de la segunda enseñanza y, cuando era posible, de la enseñanza superior. Desde un principio tenían decidido lo que había de ser objeto de su enseñanza, y bajo la dirección del general Acquaviva se sistematizó más al por menor en el siglo XVI (*Ratio atque constitutio studiorum Societatis Jesu*, 1586). El punto de vista esencial fué impedir nuevas deserciones de la Iglesia católica, crear en cambio para la Iglesia en la nueva generación un partido creyente y sólido, y á la Orden un material robusto en el cual podía reclutarse; por esto no convenía librar las inteligencias de sus cadenas y vigorizarlas, sino amoldarlas á la obediencia á la Iglesia. Es un gran error creer que los jesuitas hayan opuesto al método protestante de enseñanza otro mejor y que se hayan dejado guiar por ideas nuevas, pues su método poco se diferenciaba del de los protestantes. El carácter escolástico que tenía la educación humanista protestante convenía á los jesuitas también; solo que si los protestantes seguían métodos escolásticos era por rutina, mientras que los jesuitas los empleaban por principios, evitando conducir á sus alumnos á pensar, investigar y examinar las cosas independientemente y fomentar así el afán de ensanchar la inteligencia y profundizar las cosas. Parecía peligroso á los jesuitas introducir á sus alumnos en el espíritu de los clásicos; les bastaba hacerles despreciar el cultivo de la lengua patria y facilitar á los alumnos por medio de ejercicios de

estilo y de lecciones aprendidas de memoria cierta facilidad de expresarse en latín, el idioma de la Iglesia romana, ya de palabra, ya por escrito. Lo que querían fomentar y lo que en efecto fomentaron fué la enseñanza maquina dialéctica, y así cargaron la memoria de una gran balumba de datos.

También en esto de la enseñanza estaba todo minuciosamente reglamentado, desde el plan de estudios hasta el comportamiento exterior de los alumnos, todo perfectamente pensado para encadenar el espíritu, al paso que se arruinaba enteramente la pureza y lozanía juveniles. Se les pedía obediencia ciega, se les vigilaba escrupulosamente y se introdujo en las escuelas el sistema de espionaje y delación mutua. El alumno que había merecido algún castigo podía librarse de él si delataba á un discípulo suyo que había cometido la misma falta, y otras veces se encargaba á un alumno que aplicara á otro que lo había merecido el castigo corporal. Además de estos medios calculados para matar la franqueza juvenil, la confianza, el impulso de la amistad y el pundonor, excitaban de una manera injustificada la vanidad y ambición de los alumnos para que emprendieran trabajos cada vez mayores, que fué también otro medio para socavar el compañerismo de buena fé y mantener entre todos una rivalidad constante.

Así eran pura ponzoña los ricos premios, las distinciones y puestos honoríficos en la clase, las representaciones ostentosas de teatro, los actos públicos de declamación, de discursos y de discusiones que se representaban en las escuelas de los jesuitas para hacer lucir los progresos de los discípulos á veces con trabajos que habían hecho los maestros. Estos actos y las aperturas pomposas y frecuentes de nuevas escuelas de los jesuitas servían de reclamo, al paso que halagaban la vanidad de los padres é inducían á las familias distinguidas á proteger establecimientos tan excelentes. Por otra parte atraían á las clases menos pudientes la instrucción gratuita y la esperanza de dar á sus hijos una carrera productiva que, atendida la influencia de la Orden, no podía faltarles.

Al mismo tiempo que los jesuitas secaban de esta manera sistemáticamente la inteligencia de sus alumnos, les inculcaban una religiosidad perfectamente correcta, si bien exterior, sin penetrar en los corazones, maquina, sobrepuesta y por supuesto nada natural. No hay que decir que los ejercicios espirituales, si bien en el fondo maquinales, hacían en esta educación el papel principal; se practicaban actitudes devotas como la de obligar á los alumnos á prosternarse en medio de la clase al oír cierto toque de campana, y á orar en voz baja ó alta, hacer la señal de la cruz ó decir: «en nombre de Dios,» al recitar cualquiera lección; y para cautivar las almas jóvenes se introdujeron antiguas usanzas supersticiosas y se inventaron otras nuevas. Un rector de un colegio de jesuitas de Viena hizo presentar al final de un gran banquete tres fuentes tapadas, en una de las cuales había papeles arrollados, cada uno con el nombre de los presentes; en la otra fuente había igual número de papeles, cada uno con el nombre de un santo, y en la tercera papeles, cada uno de los cuales indicaba una buena obra que había de hacer aquel á cuyo nombre correspondía la papeleta. También se cuenta que en otro colegio, cuando los alumnos estaban en el comedor sentados á la mesa y comiendo, pasaron súbitamente los padres cantando salmos, precedidos de un crucifijo y una calavera, y se dice que al día siguiente lo hicieron también los alumnos por imitación.

Estos fueron los medios de los cuales se sirvió la Orden para apoderarse de la nueva generación. Estos medios consistían en la ciencia, en la disciplina y en la educación, las cuales no eran objeto, sino, como hemos dicho, medios para lograr el fin de favorecer á la Iglesia. Así la Orden de Jesús

dió á la juventud un carácter nuevo: el de la esclavitud religiosa fanática. La devoción ciega á favor de la Iglesia romana ocupaba el lugar de la elección libre de las conciencias. Las almas eran educadas eclesiásticamente, al paso que se extinguía el criterio libre de las inteligencias.

Fué sobre todo la juventud de las familias más distinguidas la que la Orden de Jesús procuró conquistar con sus anzuelos pedagógicos; porque de la instrucción del pueblo poco se cuidaba esta Orden, sabiendo muy bien que su dominio sobre las masas estaba tanto más asegurado, cuanto más ignorantes fueran después de hallarse bajo su dirección por la influencia de la Iglesia. Para mantenerlas en la obediencia ciega á la Iglesia ó atraerlas á esta obediencia bastaban los sermones, siendo lo principal respecto de esto, según dijo el fundador de la Orden, el excitar en los ánimos de los oyentes el celo por la virtud y la repugnancia más violenta á los vicios. Por esta razón los predicadores no debían tomar, como los capuchinos, por objeto de sus sermones puntos dogmáticos, sino que era preferible ante todo explicar los diez mandamientos de Dios y los de la Iglesia, excitando las imaginaciones á su exacto cumplimiento con la pintura de las recompensas celestes, y por otro lado desviando al público de su infracción con la descripción de las penas del infierno. De modo que en lugar de inbuir al pueblo en la esencia de la fé y en la fuerza del Evangelio, se le debía educar únicamente en la observancia mecánica de la doctrina ortodoxa. Loyola dijo especialmente que el pueblo quedaba más impresionado por el fuego del espíritu y de la mirada que por un discurso rebuscado y bien pulido; es decir, que para el pueblo bastaba la elocuencia más inferior, la que trata de producir efecto, como suele ser la elocuencia de los demagogos populares que sorprenden á sus oyentes simples y consternados con palabras, los deslumbran con gestos y los atraen con astucia en lugar de convencerlos (1).

Hay que mencionar también el culto de los santos y de la Virgen que los jesuitas desarrollaron de la manera más grosera, inventando siempre nuevas devociones, aumentando sin cesar las imágenes milagrosas, las reliquias falsas y los talismanes de virtudes mágicas, en fin, todo lo perteneciente al sistema de piadoso engaño que destruyó completamente los cimientos morales del cristianismo y que puso en lugar de la fé en el Salvador el culto enteramente pagano de ídolos y de fetiches, calcado con la más refinada sagacidad sobre la estupidez, la fé perezosa y la comodidad de la conciencia de las masas rudas, y por supuesto también de individuos que no formaban parte de estas masas (2). Donde, sin embargo, se manifiesta más la inmoralidad de la institución jesuita es en la confesión, por la cual trataba de ganar particularmente á las clases distinguidas; pues teniendo que confesar el cristiano-católico-romano cada pecado al confesor, se entregaba enteramente á él, ya que de su absolución dependía que el individuo pudiera participar de la bienaventuranza eterna. Siendo esto así, importaba no disgustar á nadie para no hacer que abandonasen los desesperados, y menos que otros las personas importantes, á la Iglesia católica, según el principio: «Ya que haya personas perversas, vale más que sean malos católicos que malos protestantes.» Conforme á este principio se arregló la práctica del confe-

(1) Son parcialísimos, y á veces contradictorios, los juicios del autor; pero prescindiendo de las inexactitudes que comete, estos juicios en general más son la apología que la crítica de la compañía de Jesús. (N. del T.)

(2) Sin entrar á discutir la cuestión del culto de las imágenes, ni la de los milagros, bueno será advertir que los jesuitas en esta parte no inventaron nada que no tuviera innumerables precedentes en los siglos anteriores. (N. del T.)

sonario, para lo cual el confesor no juzga el conjunto y la parte espiritual de la vida y de los pensamientos, sino las manifestaciones exteriores, los detalles y los pecados y faltas especiales. En lugar de trabajar para el levantamiento moral del arrepentido, solo convenía imponer penas á las diferentes faltas. Este es un procedimiento jurídico que castiga las faltas cometidas basado solamente en la ficción de que una criatura humana puede introducirse entre Dios y las conciencias de los demás hombres y ejercer el papel de juez moral sobre ellos. En esto entraban en los fallos del confesor los principios más elásticos, pudiendo procederse, según exigían las circunstancias, con más ó menos rigor y laxitud; y Loyola mismo había sentado ya el principio de que debía obrarse en la confesión de príncipes con la mayor bondad, si en lo demás eran favorables á la Iglesia y á la Orden de Jesús.

El inaudito desarrollo de la confesión jesuita y de su sistema de absolución vinieron después; pero ya desde un principio existían en germen todas las monstruosidades del procedimiento de la Orden, como las diferencias entre pecados teológicos y filosóficos, según la cual solo eran pecaminosos los actos vituperables si se habían cometido con la intención de proceder contra Dios y sus mandamientos; la «dirección de la intención» fijaba la calidad del pecado; así la intención en apariencia buena podía no solamente disculpar, sino aun justificar la acción más dudosa. El probabilismo de los dominicos, que sancionaba el crimen cuando este podía motivarse de una manera «probable,» es decir, apoyándose en alguna autoridad; la famosa reserva mental que anulaba hasta la santidad de los juramentos y la fé en ellos; la doctrina del arrepentimiento y de la penitencia, según la cual bastaba como motivo de disculpa la costumbre de pecar y el convencimiento de no poder arrepentirse, todas estas cosas que no son sino excusas del pecado y aniquilamiento de toda medida moral, están contenidas en el principio de que el medio santificaba el objeto y viceversa.

No fué, pues, extraño que los jesuitas se hiciesen de moda como predicadores y profesores, y que fuesen pronto los confesores y consejeros de conciencia más buscados y apreciados, pues que, sobre todo para las personas de las clases más distinguidas é instruidas, hacían el yugo de Cristo suave y le quitaban todo el peso.

No solamente trabajaron los jesuitas á favor de la Iglesia verdadera, haciendo competencia al clero protestante por medio de estos recursos pacíficos y en cierto concepto morales, sino que siempre que ofreció una ocasión abrió la Orden una guerra literaria contra sus adversarios, en la cual lucían tanto su erudición como los sofismas, la sátira y las calumnias más venenosas; y allí donde, como en el Occidente de Europa, el contraste político-religioso se traducía en odio, enemistad, persecución sangrienta y lucha armada, no creyó la Orden contrario á su carácter eclesiástico el colocarse en las primeras filas para avivar los odios y excitar el ardor de la lucha. Ahí estaba ella haciendo nacer sospechas y desconfianzas, propagando voces malignas, excitando tumultos, encendiendo guerras civiles, insinuando proyectos para derribar tronos y buscar asesinos. Según las ocasiones y la utilidad que se prometía la Orden, salía á la defensa de la forma monárquica ó se presentaba como representante de la forma republicana; tan pronto excitaba á la destrucción del orden establecido, como amenazaba á los rebeldes con todos los castigos del infierno, y desarrollaba doctrinas para justificar todas las maldades de las revoluciones, y hasta las causaba. En medio de la espantosa marea de las turbulencias interiores de la Gran Bretaña, padres jesuitas enseñaban á la sociedad inglesa, como Guillermo Allen y Rober-